



La Santa Sede

CELEBRACIÓN DEL DOMINGO DE RAMOS Y DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

*XII Jornada Mundial de la Juventud
Domingo 23 marzo de 1997*

1. «¡Bendito el que viene en nombre del Señor! (...). ¡Hosanna en el cielo!» (Mc 11, 9-10).

Estas aclamaciones de la multitud, reunida para la fiesta de Pascua en Jerusalén, acompañan la entrada de Cristo y de los Apóstoles en la ciudad santa. Jesús entra en Jerusalén montado en un borrico, según las palabras del profeta: «Decid a la hija de Sión: Mira a tu rey que viene a ti, humilde, montado en un asno, en un pollino, hijo de animal de carga» (Mt 21, 5).

El animal elegido indica que no se trata de una entrada triunfal, sino de la de un rey manso y humilde de corazón. Sin embargo, las multitudes reunidas en Jerusalén, casi sin notar esta expresión de humildad, o quizá reconociendo en ella un signo mesiánico, saludan a Cristo con palabras llenas de emoción: «¡Hosanna al Hijo de David!» «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!» «¡Hosanna en las alturas!» (Mt 21, 9). Y cuando Jesús entra en Jerusalén, toda la ciudad está alborotada. La gente se pregunta: «¿Quién es éste?». Y algunos responden: «“Es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea”» (Mt 21, 10-11).

No era la primera vez que la gente reconocía en Cristo al rey esperado. Ya había sucedido después de la multiplicación milagrosa del pan, cuando la multitud quería aclamarlo triunfalmente. Pero Jesús sabía que su reino no era de este mundo; por eso se había alejado de ese entusiasmo. Ahora se encamina hacia Jerusalén para afrontar la prueba que le espera. Es consciente de que va allí por última vez, para una semana «santa», al final de la cual afrontará la pasión, la cruz y la muerte. Sale al encuentro de todo esto con plena disponibilidad, sabiendo que así se cumple en él el designio eterno del Padre.

Desde ese día, la Iglesia extendida por toda la tierra repite las palabras de la multitud de Jerusalén: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!». Las repite cada día al celebrar la Eucaristía, poco antes de la consagración. Las repite con particular énfasis hoy, domingo de Ramos.

2. Las lecturas litúrgicas nos presentan al Mesías que sufre. Se refieren, ante todo, a sus padecimientos y a su humillación. La Iglesia proclama el evangelio de la pasión del Señor según uno de los sinópticos: el apóstol Pablo, en cambio, en la *carta a los Filipenses* nos ofrece una síntesis admirable del misterio de Cristo, quien, «a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo (...). Por eso Dios lo levanto sobre todo y le concedió el nombre que está sobre todo nombre; de modo que, al nombre de Jesús (...), toda lengua proclame: ¡Jesucristo es Señor!, para gloria de Dios Padre» (*Flp 2, 6-11*).

Este himno de inestimable valor teológico presenta una síntesis completa de la Semana santa, desde el domingo de Ramos, pasando por el Viernes santo, hasta el domingo de Resurrección. Las palabras de la carta a los Filipenses, citadas de modo progresivo en un antiguo responsorio, nos acompañaran durante todo el *Triduo sacro*.

El texto paulino encierra en sí el anuncio de la resurrección y de la gloria, pero la liturgia de la Palabra del domingo de Ramos se concentra ante todo en la *pasión*. Tanto la primera lectura como el Salmo responsorial hablan de ella. En el texto, que forma parte de los llamados «cantos del Siervo de Yahveh», se esboza el momento de la flagelación y la coronación de espinas; en el Salmo se describe, con impresionante realismo, la dolorosa agonía de Cristo en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (*Sal 21, 2*).

Estas palabras, las más conmovedoras, las más emotivas, qué pronuncio Jesús desde la cruz en la hora de la agonía, resuenan hoy como una antítesis evidente, expresada en voz alta de aquel «Hosanna», que también resuena durante la procesión de los ramos.

3. Desde hace algunos años, el domingo de Ramos se ha convertido en la *gran Jornada mundial de la juventud*. Fueron los jóvenes mismos los que abrieron ese camino: desde el comienzo de mi ministerio en la Iglesia de Roma, en este día miles y miles de jóvenes se reunían en la plaza de San Pedro. A partir de ese hecho, a lo largo de los años se han desarrollado las Jornadas mundiales de la juventud, que se celebran en toda la Iglesia, en las parroquias y diócesis y, cada dos años, en un lugar elegido para todo el mundo. Desde 1984, los encuentros mundiales han tenido lugar sucesivamente, cada dos años: en Roma, en Buenos Aires (Argentina), en Santiago de Compostela (España), en Czestochowa-Jasna Góra (Polonia), en Denver (Estados Unidos), y en Manila (Filipinas). El próximo mes de agosto la cita es en *París* (Francia).

Por esta razón, el año pasado, durante la celebración del domingo de Ramos, los representantes

de los jóvenes de Filipinas entregaron a sus coetáneos franceses la cruz peregrinante de la «Jornada mundial de la juventud». Este gesto tiene una elocuencia particular: es casi un redescubrimiento del significado del domingo de Ramos por parte de los jóvenes que son, efectivamente, sus protagonistas. La liturgia recuerda que «*pueri hebraeorum, portantes ramos olivarum...*», «los niños hebreos, llevando ramos de olivo, salieron al encuentro del Señor, aclamando: ¡Hosanna al Hijo de David!» (Antífona).

Se puede decir que la primera «Jornada mundial de la juventud» fue precisamente la de Jerusalén, cuando Cristo entró en la ciudad santa; año tras año recordamos ese acontecimiento. El lugar de los «*pueri hebraeorum*» ha sido ocupado por jóvenes de diversas lenguas y razas. Todos, como sus predecesores en Tierra Santa, desean acompañar a Cristo y participar en su semana de pasión, en su *Triduo sacro*, en su cruz y en su resurrección. Saben que él es el «bendito» que «viene en nombre del Señor», trayendo la paz a la tierra y la gloria en las alturas. Lo que cantaron los ángeles la noche de Navidad sobre la cueva de Belén, resuena hoy con un gran eco en el umbral de la Semana santa, en la que Jesús se dispone a cumplir su misión mesiánica, realizando la redención del mundo mediante la cruz y la resurrección.

¡Gloria a ti, oh Cristo, Redentor del mundo! ¡Hosanna!